

Reprende, suplica, promete.  
 —“¿Quieres estudios?  
 „¿Quieres maestros?  
 „Te daré los mejores.

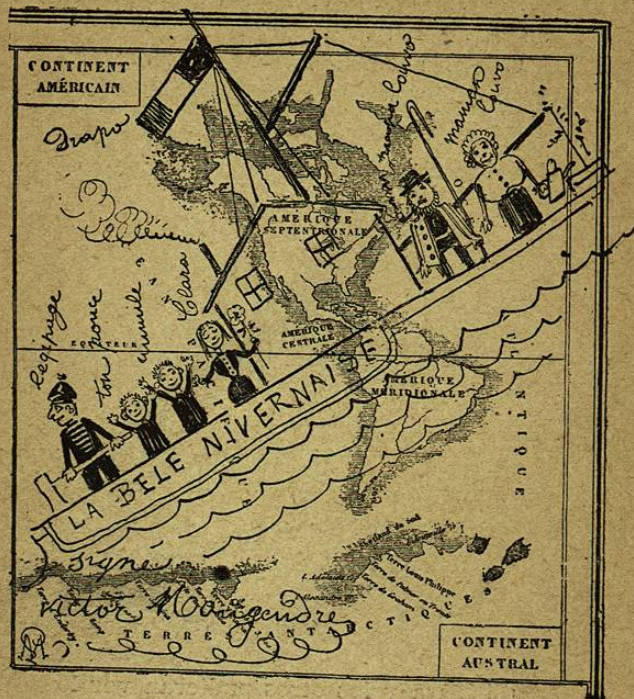


„Los más caros.”  
 Mientras tanto, el alumno Maugendre concluye por hacerse un haragán, y los “Boletines de notas trimestrales,” hacen constar invariablemente su torpeza y su desaplicación.

Él mismo tiene el convencimiento de su incapacidad.  
 Cada día se hunde más en la sombra y en la tristeza.



¡Si Clara y los otros pudieran ver lo que han hecho de su Víctor!  
 ¡Seguramente que todos ellos vendrían corriendo á abrir las puertas de su prisión!



Unos y otros le ofrecerían con buena voluntad partir con él su último pedazo de pan, su sitio en el camarote.

Porque también ellos son desgraciados.

Sus negocios van de mal en peor.

El barco es cada vez más y más viejo.

Víctor lo sabe por las cartas que reci-



be de Clara, las cuales llegan de tarde en tarde señaladas con un «visto» enorme, furioso, garrapateado con lápiz encarnado por el «Sr. Director,» que aborrece y detesta estas correspondencias sospechosas.

«¡Ah! ¡Cuando tú estabas aquí!,»

Dicen las epístolas de Clara, siempre

tan tiernas, tan cariñosas, pero también cada vez más y más aflictivas.

“¡Ah! ¡Si tú estuvieras con nosotros!  
 „¿No se podría decir que todo iba á



pedir de boca en aquel tiempo, y que todo se salvaría si volviera Víctor?,”

¡Ah!...

¡Pues bien!

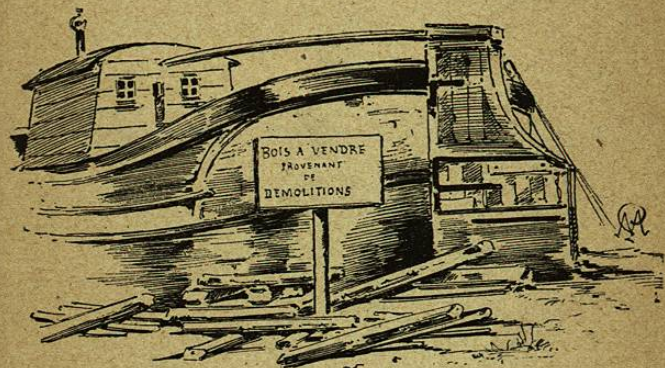
Víctor lo salvaría todo.

Comprará un barco nuevo.

Consolará á Clara.

Aumentará y prosperará el comercio.

Así les probará que no han amado á un ingrato, ni recogido en la mitad del arroyo un ser inútil.



Pero para esto es preciso llegar á ser hombre.

Es necesario ganar dinero.

Víctor abre los libros por el sitio de las lecciones.

Lo que es ahora, ya pueden volar flechas, ya puede el pasante golpear con

toda la fuerza de su brazo sobre la silla,  
lanzando su frase de papagayo:

—Señores, un poco de silencio.



Víctor no levanta cabeza de sus libros.

Ya no dibujará más barcos.

No hace caso de las bolas de papel

masticado que se aplastan en su rostro.

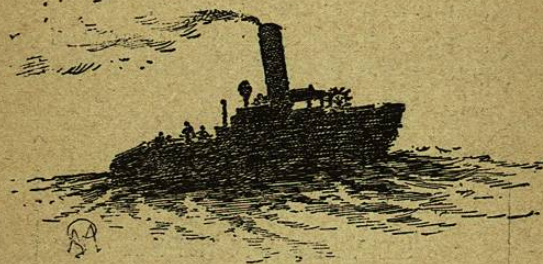
Trabaja, trabaja...

Estudia, estudia...

¿Qué es ello?

—Una carta para el alumno Maugendre.

Es de Clara.



Bendice una y mil veces este querido recuerdo que viene á sorprenderle en pleno estudio, para alentarle y traerle un perfume de libertad y de cariño.

Víctor esconde la cabeza en su pupitre para besar aquellas líneas en zizás, penosamente trazadas, temblando, como si un perpetuo cabeceo del barco balan-

cease la mesa sobre la cual Clara escribía.

¡Ay! no es el cabeceo del barco, es la emoción, el sufrimiento, lo que hace temblar la mano de Clara.

„¡Esto se acabó, mi querido Víctor.

„*La Bella Nivernesa* no navegará más.

„Ha muerto, muerto completamente.

„Su muerte es nuestra ruina.

„Se ha colocado un cartel negro en la popa.

„Un cartel que dice:

SE VENDE MADERA

PROCEDENTE DE DEMOLICIONES

„Han venido muchas gentes; lo han justipreciado todo; lo han numerado todo; desde el bichero de Tripulación hasta la cuna donde duerme la chiquitina.

„Lo van á vender todo; nos vamos á quedar sin nada.

„¿Qué va á ser de nosotros?

„Mamá es capaz de morirse de pena; y papá se encuentra tan cambiado...”



Víctor no concluyó de leer la carta. Las palabras danzaban ante sus ojos; su rostro ardía como brasas; un zumbido estrepitoso aturdió sus oídos.

¡Ah!

¡Qué lejos estaba ahora de pensar en sus estudios!

Aniquilado por el trabajo, por la pena y por la fiebre, deliraba.

Creía que marchaba á la deriva en pleno Sena, sobre el río encantador y fresco.

Quería mojar su frente en el agua de la orilla.

Después, oyó vagamente un sonido de campana.

Sin duda un remolcador que pasaba, oculto entre la niebla; luego, como un ruido de oleaje de corriente que se desborda.

Entonces gritó:

—¡La avenida, la avenida!

Acométele un temblor creyendo ver la sombra intensa que se acumula bajo el arco del puente.

Y en medio de todas estas visiones se le presenta, bajo la pantalla de la lámpara, resplandeciente de luz, la cara hirsuta y azorada del pasante.

—¿Estáis enfermo, Maugendre?

¡Ah, sí! el alumno Maugendre está muy enfermo.

El doctor mueve la larga melena gris que envuelve su cabeza, cuando el pobre

padre, que le acompaña hasta la puerta del colegio, le pregunta con voz ahogada por la angustia:

—No se morirá, ¿no es cierto?



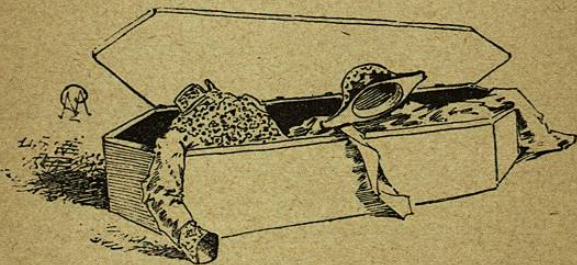
Bien se ve que el doctor no está tranquilo; su melena gris se agita sospechosamente.

Al fin contesta “no,” con tibieza, como temiendo comprometerse demasiado.

Ya el carpintero no piensa en el uniforme verde ni en el tricornio galoneado.

Solamente se trata de impedir que el alumno Maugendre muera.

El doctor ha dicho claramente que ha-



rían bien en darle suelta, en llevarle al campo si se salvaba.

¡Si se salvaba!

La idea de perder al hijo que acaba de encontrar, destruyó los ambiciosos deseos del padre enriquecido.

¡Esto se acabó!

Pará siempre renuncia á sus sueños; sí, para siempre.

Está dispuesto á enterrar con sus propias manos aquella imagen fastuosa del alumno de la Escuela de Montes.

Será capaz hasta de clavar su ataúd, si es preciso.

No llevará luto por esa ilusión que tanto le sonreía.



Pero, al menos, que su hijo consienta en vivir.

Que le hable, que se levante, que le eche los brazos al cuello, y le diga:

—“Consuélate, padre mío.

„Ya estoy curado..”

El carpintero se inclinó sobre el lecho de Víctor.

Todo acabó.

El viejo árbol está herido hasta el corazón.

El alma de Maugendre rebosa ternura, nada más que ternura.

—“Te dejaré partir, hijito mío.

„Volverás con ellos, navegarás todavía.

„Y yo seré muy dichoso sólo con verte pasar algunas veces.”

Ya la campana no señala las horas de recreo, de refectorio, ni de estudio.

Hay vacaciones, y el gran colegio está desierto.

No se oye otro ruido que el del surtidor de agua en el patio principal del edificio y el de los gorriones, que pían bajo las arcadas de las galerías.

El rodar de algunos coches llega lejano y ensordecido, pues se ha cubierto de arena la calle.

En medio de este silencio y de esta soledad, el alumno Maugendre vuelve en sí después de muchos días de fiebre y de delirio.

Sorpréndese de hallarse en un lecho tan blanco y muelle, y rodeado de grandes colgaduras de percal, que hacen en

torno suyo un aislamiento de media luz y de paz.

Intenta levantarse sobre la almohada y separar un poco el cortinaje para ver dónde se encuentra.



Pero aun cuando disfruta de delicioso descanso, no se siente con fuerzas para nada.

Espera.

Algunas veces cuchichean cerca de él, en torno de su lecho.

Diríase que del suelo se eleva un ruido de pies que andan en puntillas, y al



propio tiempo un rumor que no le es desconocido; algo como el paseo de una escoba por el entarimado del piso.

Víctor ha oído ya este susurro continuado y monótono otras veces.

Pero, ¿dónde?

¡Ah, sí!

Sobre la cubierta de *La Bella Nivernesa*.

¡Eso es, eso es!

¡Allí es donde lo ha oído!

El enfermo, reuniendo todas sus fuerzas, dice con una voz débil, que él cree un vozarrón estentóreo:

—¡Eh! Tripulación, ¡eh!

Las cortinas se descorren, y en un deslumbramiento de luz ve á todos los seres queridos á quienes tantas veces ha llamado en sus horas de delirio.

¡A todos!

¡Sí, á todos!

Allí están Clara, Maugendre, el padre Louveau, "la mujer de seso", Milín, la chiquitina y el viejo Tripulación, flaco como su bichero, sonriendo desmesuradamente con su risa silenciosa.

Todos los brazos se tienden, todas las

cabezas se inclinan; allí hay besos para todo el mundo, sonrisas, apretones de manos y preguntas.

—¿Dónde estoy?

—¿Cómo estáis aquí?

Pero las órdenes del doctor eran severas.

Y no había que tomar á broma los mandatos de aquella terrible melena gris, siempre severa, desconfiada siempre.

Es preciso meter los brazos bajo las sábanas, callar, no excitarse.

Y para impedir al niño que hable, Maugendre sostiene la conversación charlando por todos juntos.

—"Figúrate que hace diez días... el día que tú caíste enfermo, venía justamente á visitar al Sr. Director para hablarle de ti.

„Me dijo que hacías progresos, que trabajabas como un negro...

„¡Juzga qué contento me pondría!

„Pido permiso para verte, para abrazarte.

„Se te manda á buscar, y he aquí que tu pasante cae en la habitación del Di-

rector como una bomba, pálido, tembloroso y aterrado.

„Acababas de tener un acceso de fiebre cerebral.

„Corro á la enfermería; no me recono-



ces; tenías los ojos como lumbres; estabas delirando.

„¡Ah, mi pobre hijito!

„¡Qué enfermo has estado!

„No te he abandonado ni un segundo.

„¡Qué modo de desatinar!...

„Hablabas de *La Bella Nivernesa*, de Clara, del barco nuevo.

„¡Qué sé yo de cuántas cosas!

„Entonces me acordé de la carta; sí, de la carta de Clara.

„La habían encontrado en tus manos



cuando perdiste el sentido, y me la entregó el pasante.

„Después, con tanta baraúnda, no me volví á acordar de ella.

„¿Comprendes?

„Echo mano al bolsillo, tiro de la carta, la leo, me doy un puñetazo en la cabeza, y me digo:

—„Maugendre, no está bien que tus penas te hagan olvidar así las penas de tus amigos.

„En el acto escribo á todas estas buenas gentes para que vengan á reunirse con nosotros.

„No tengo respuesta alguna.

„Aprovecho un día en que estás mejor para ir á buscarles; les traigo aquí, á mi casa, donde vivimos juntos, y donde vivirán hasta que se haya encontrado el medio de arreglar los negocios.

„¿No es verdad, Louveau?„

Todo el mundo tiene las lágrimas en los ojos, y... ¡por vida de!... tanto peor para la melena gris del doctor; los brazos de Víctor salen de entre las sábanas.

Y el enfermo abraza á Maugendre como éste no recuerda haber sido abrazado nunca.

¡Qué beso le da entonces!

Un verdadero beso de niño enternecido.

Después, como no es posible llevar á Víctor á casa, se ordena la vida de la mejor manera posible y á gusto de todos.

Clara se quedará al lado del enfermo para azucarar las tisanas y hacerle compañía.

La madre Louveau irá á cuidar de la casa.

Francisco vigilará una obra que el carpintero ha contratado en la Grande-Rue.

En cuanto á Maugendre, parte para Clamecy.

Va á ver á algunos amigos que tienen una gran contrata de arrastre de madera.

Aquellas gentes se darán por contentas de emplear á un hábil marinero como Louveau.

¡No, no!

Nada de recriminaciones, nada de resistencia.

Negocio hecho, asunto terminado.

En verdad que no es Víctor quien recrimina.

A los pocos días se levanta, y le conducen en su gran sillón de ruedas al lado de la ventana.

Está solo con Clara en la silenciosa enfermería

Víctor se halla enajenado.  
Bendice su enfermedad, bendice la  
venta de *La Bella Nivernesa*...

Bendice todas las ventas y todas las  
enfermedades del mundo.

—¿Te acuerdas, Clara, cuando yo ma-  
nejaba el timón? ¿Cuando tú venías á  
sentarte á mi lado con tu labor?

Clara se acuerda tan perfectamente  
bien, que baja los ojos, enrojece y...

¿Por qué se quedan los dos tan con-  
fusos?

Porque ya no es el pequeñuelo aquel  
con su gorrilla encarnada, cuyos pies  
no tocaban la cubierta cuando trepaba  
por la barra del timón, á horcajadas.

Y ella, cuando llega por la mañana y  
se quita su pequeño chal para arrojarle  
sobre el lecho, tiene el aire de una ver-  
dadera mujercita, tan redondos son ya  
los brazos, que cubren las mangas del  
vestido, y tan gentil y palpitante su talle.

—Ven temprano, Clara, y acompaña-  
me hasta lo más tarde posible.

¡Es tan agradable almorzar y comer á  
dúo, cerca de la ventana y al amparo de  
los visillos blancos!

Recuerdan los primeros días de su ni-  
ñez, las sopas comidas al borde del le-  
cho, con la misma cuchara.

¡Ah! ¡Los recuerdos de la infancia!



Revolotean en la enfermería del cole-  
gio como pájaros en la jaula.

Sin duda han hecho allí también su ni-  
do entre los pliegues de los cortinajes,  
pues cada mañana aquellos adorables  
recuerdos surgen alegres y alados para